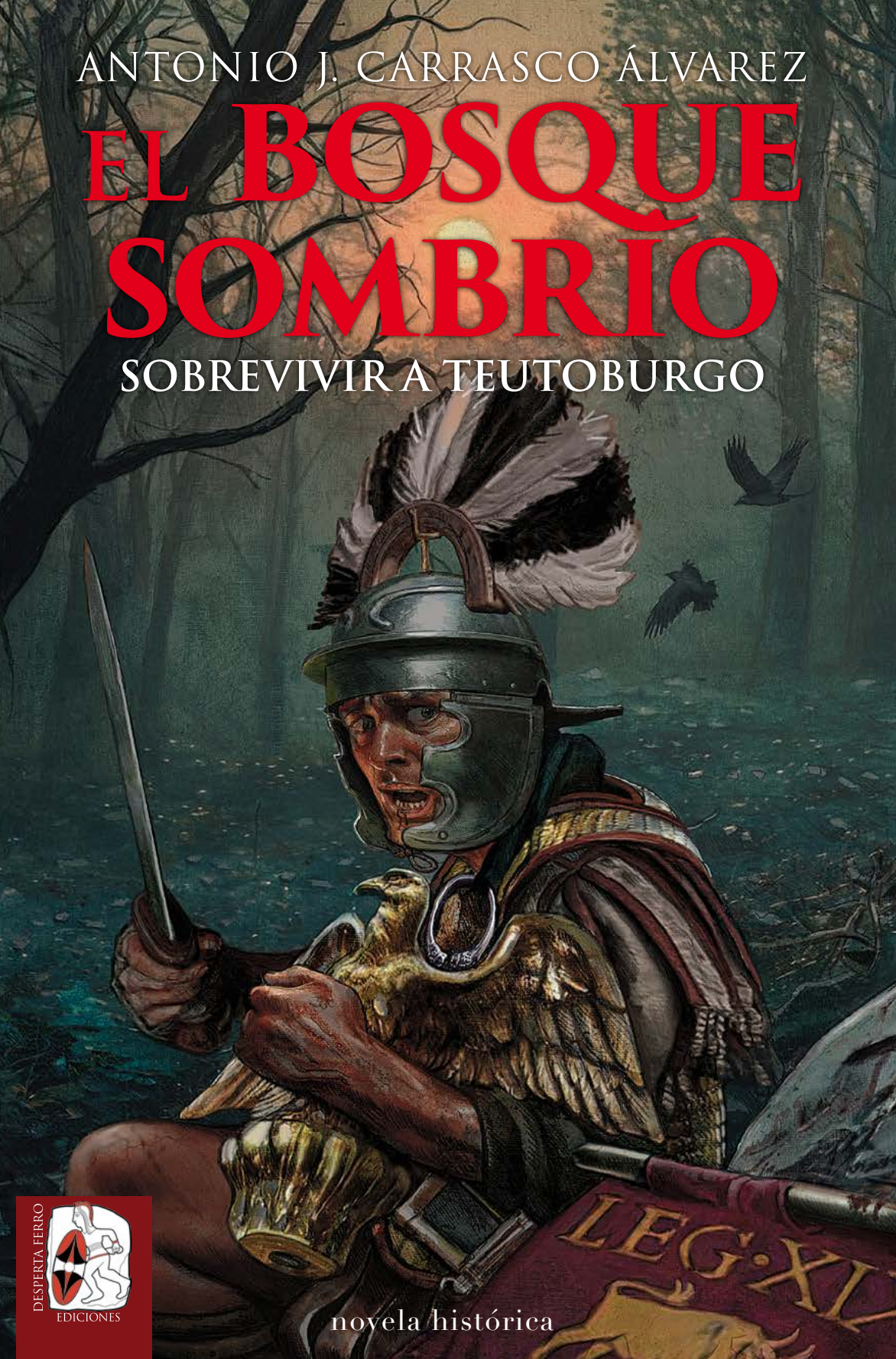


ANTONIO J. CARRASCO ÁLVAREZ

EL BOSQUE SOMBRIO

SOBREVIVIR A TEUTOBURGO



DESPERTA FERRO



EDICIONES

novela histórica

EL BOSQUE SOMBRIÓ



ANTONIO J. CARRASCO ÁLVAREZ

EL BOSQUE SOMBRIÓ

SOBREVIVIR A TEUTOBURGO



El bosque sombrío. Sobrevivir a Teutoburgo
Antonio J. Carrasco Álvarez

© de esta edición:

El bosque sombrío. Sobrevivir a Teutoburgo

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 979-13-990788-8-6

D.L.: M-2822-2026

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Cartografía: Desperta Ferro Ediciones / Juan Valverde Ayuso

Coordinación editorial: Óscar González Camaño

Primera edición: marzo 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2026 Desperta Ferro Ediciones.

Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

A Miguel, Guiomar y Diego, como siempre.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

índice

<i>Dramatis personae</i>	IX
Prólogo. El águila	XIII
primera parte	
<i>Auxilia</i>	1
segunda parte	
Aliso	125
tercera parte	
La retirada	231
Epílogo	343
Nota del autor	351
Posfacio: «¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!»	
David Soria Molina	355



dramatis personae

*Personajes históricos

COHORTE DE ASTURES Y CÁNTABROS

Marco Quintilio – prefecto, comandante de la cohorte.

Bodo – centurión; segundo al mando.

Murilo – jefe de la escuadra de exploradores de la cohorte.

Nubio – explorador.

Dagomarus – auxiliar galo, luego explorador.

Avinoam – esclavo, luego explorador.

Rusilo – explorador.

Níger – decurión en una *turma* de caballería cántabra.

Abilio – decurión en una *turma* de caballería cántabra.

Cestio – decurión en una *turma* de caballería cántabra.

Arno – decurión en una *turma* de caballería cántabra.

Mania Laberia – hija de un veterano asesinado por los germanos.

QUINTA ALAUDAE

Sexto Vinicio – tribuno laticlavio, comandante del destacamento de la Quinta *Alaudae*.

Publio Celio* – Centurión primipilo de la Quinta *Alaudae*.

Ferox – moloso, mascota de Publio Celio.

Marco Sabino – centurión.

Lucio Papio – decurión en una *turma* de auxiliares báta-vos asignada al destacamento de Vinicio.

ALISO

Lucio Cedicio* – *praefectus castrorum*, comandante de Aliso.

Antíoco – liberto y secretario de Cedicio.

Cayo Didio Secundo – centurión primipilo de la Decimonovena legión, de guarnición en Aliso.

Cneo Manilio – centurión. Comandante de las liburnas destacadas en Aliso. Vigésima legión *Rapax*.

Marco Silio - centurión al mando de la cohorte de convalecientes.

Nearco – comandante de un destacamento de arqueros auxiliares.

Gundiario – caudillo de un ala (regimiento de caballería) de auxiliares bátavos.

Cayo Postumio – médico jefe de Aliso. Decimonovena legión.

Segiburga – curandera/médico marcomana. Voluntaria en el hospital de Aliso.

EN LAS LEGIONES DE VARO

Publio Quintilio Varo* – legado. Comandante en jefe de los ejércitos romanos en Germania.

Cayo Estacio – *optio*. Segunda centuria, segunda cohorte, decimoctava legión.

Marco Celio* – centurión primipilo. Decimoctava legión.

Marco Batiato – centurión de la segunda cohorte, Decimoctava legión.

Numonio Vala* – comandante de la caballería legionaria.

Cayo Cornelio – legado de la Decimoctava legión.

GERMANOS

Arminio/Hermann* – caudillo querusco y líder de la rebelión contra Roma.

Hrolf – guerrero germano, miembro del *comitatus* de Arminio.

Ingumaro – guerrero querusco; uno de los hermanos de Arminio.

Valomar – guerrero querusco, miembro del *comitatus* de Arminio.



prólogo

El águila

El portaestandarte de la legión Decimonovena, Publio Herenio, al que llamaban el Etrusco, era el último superviviente de su cohorte.

Los bárbaros habían surgido de entre los árboles, aullando como demonios del bosque. Bajo la lluvia, que no cesaba desde hacía cuatro días de marcha, atacaron a la columna desordenada: mataban a un par de hombres y desaparecían de nuevo en la espesura. La senda se transformó en un barrizal resbaladizo, apisonado por las botas de miles de hombres que destrozaron la hierba y removieron la tierra húmeda. El aire olía a vegetación, a vómito, a sangre y al sudor del miedo.

Llevaban cuatro días combatiendo contra un enemigo invisible en un escenario de pesadilla, sin una comida caliente y sin apenas poder dormir. Algunos deliraban de puro agotamiento, otros no distinguían entre el mundo de los vivos y el de los muertos: se creían en las

riberas de la Estigia y, con ojos asustados, contemplaban el inframundo que les aguardaba en la otra orilla.

Herenio había visto a veteranos perder la cabeza, atacando a sus propios camaradas, lanzando estocadas a diestro y siniestro hasta que alguien ponía fin a su locura.

Labeón, un veterano de su centuria se detuvo de repente y se quitó la armadura, el casco y la túnica. Totalmente desnudo, solo con su espada, caminó hasta situarse frente a la línea de árboles que bordeaba la trocha. Allí, con la lluvia empapando su cuerpo, gritó maldiciones a los germanos: los llamó cobardes, miserables, *cunni*;^{*} todos los insultos que da de sí la lengua latina. Permaneció así un buen rato, hasta que empezó a quedarse ronco.

Pareció que los bárbaros iban a dejarlo en paz. Un par de camaradas se acercaron a él para obligarlo a volver a las filas, pero entonces un germano surgió de repente entre los arbustos. El hacha golpeó a Labeón en la frente, matándolo en el acto. Tan rápido como había aparecido, el bárbaro se esfumó entre los árboles.

Los portaestandartes cayeron uno tras otro. Los dos primeros fueron heridos en el segundo día de combates; siete hombres recogieron el águila de la Decimovenena, y los siete murieron mientras sostenían enhiesto el estandarte, en aquel sombrío bosque de Germania. Cuando cayó el último, Publio Herenio, movido por un impulso, se agachó a recoger el águila, que yacía en medio del barro, y la levantó.

A su alrededor, la cohorte estaba siendo destruida. El camino entre los bosques estaba alfombrado de cuerpos en armadura, cascos, armas, escudos, caballos ago-

* Una forma de llamar «afeminados» a los enemigos.

nizantes y hombres moribundos, que gemían llamando a sus madres. Los bárbaros yo no atacaban y huían, sino que se mezclaban con la columna, matando por igual a soldados y a civiles, a hombres y bestias. Algunos grupos de legionarios todavía resistían, guardando una ficción de disciplina frente a un enemigo implacable. Los germanos iban cazando a los que huían uno a uno, sin dar cuartel.

En medio del caos, nadie prestaba atención a Herenio, como si no pudieran verle. El bosque le llamaba, insinuando una seguridad ilusoria. El ejército se estaba desintegrando delante de sus ojos. No tenía órdenes. Levantó la vista hacia el águila de la legión, que observaba con sus ojos de bronce el desastre, impasible bajo del aguacero. Ella era Roma y, si no lo impedía, los bárbaros iban a profanarla.

En ese instante, Publio Herenio comprendió que, aunque le costara la vida, debía evitar que cayera en manos de los germanos. Tenía que alejarla del campo de batalla. Si no podía salvarla, la hundiría en el pantano que bordeaba el bosque, al norte del camino, dónde los bárbaros no pudieran encontrarla.

Tiró su escudo y, si se hubiera atrevido a pararse, también se habría quitado la cota de malla. Había perdido antes el casco, aunque no recordaba cómo. ¿Se había caído? ¿Se lo habían arrebatado? Conservaba la espada y un puñal, todavía envainados.

Se metió en el bosque, corriendo en dirección a las marismas, huyendo de la matanza. Gotas de sudor, mezcladas con agua y sangre, le cegaron por un momento. Su rostro curtido se rompía en una mueca desencajada que dejaba al descubierto sus dientes. Los pulmones le ardían con cada inhalación. Notaba la garganta en carne viva y un sabor metálico en la boca.

Su cuerpo se mantenía en pie por puro miedo y fuerza de voluntad.

Tenía una brecha encima de la ceja izquierda, tal vez por una pedrada. La oreja del mismo lado estaba casi amputada, sostenida solo por un colgajo de piel. Herenio ni siquiera sabía que estaba herido, tampoco notaba el dolor. Todos sus pensamientos giraban alrededor de una obsesión: esconder el águila, impedir que los bárbaros pudieran mancillarla. En realidad, ya no estaba seguro de por qué eso era importante, pero en aquellos momentos para él era una cuestión de vida o muerte.

La lluvia arreció, cayendo en cortinas de agua que no dejaban ver nada más allá de unos pasos. Oyó gritos apagados, cada vez más lejanos: el ejército de Publio Quintilio Varo agonizaba. Debajo de sus pies ya no había barro, cadáveres y armas, sino agua helada y cañas, que le llegaban casi hasta las rodillas. Cada nuevo paso era más difícil que el anterior. Apenas podía respirar.

Estaba al límite de sus fuerzas, mareado, febril. «¡Vamos! ¡Solo unos pasos más!», se dijo. A lo lejos se adivinaba la linde del bosque. «Si consigo llegar, tal vez pueda esconderme hasta que anochezca y escapar entonces». Sabía que era una idea ridícula, pero su espíritu necesitaba una esperanza a la que agarrarse, por mínima que fuera.

A pesar del aguacero, empezó a distinguir los árboles. Las gotas de lluvia golpeaban las hojas con tanta fuerza que ensordecían todos los demás sonidos. Avanzó, tambaleándose, al límite de su resistencia.

Fue entonces cuando vislumbró las siluetas entre las cortinas de agua. En su estado de casi delirio le parecieron gigantes de ojos rojos que le miraban con hambre,

dispuestos a devorar su cuerpo y su alma. Un gemido quedó atrapado en su garganta, sin llegar a salir. Se detuvo en medio del pantano, aferró el asta del estandarte y se dispuso a usarlo para defenderse.

Una sombra pasó a su lado. Herenio intentó golpearla con el águila, pero se movía demasiado rápido; perdió el equilibrio y cayó de rodillas. Luchó por incorporarse: tuvo que hundir el asta en el agua, hasta el fondo. Usándola para sujetarse, se levantó con un jadeo de desesperación.

Otra más salió de entre la cortina de lluvia, más veloz de lo que alcanzaba a percibir su vista agotada. Esta vez sintió un golpe en las costillas, como si le hubieran pegado con un martillo. Logró mantenerse en pie aferrándose al estandarte con ambas manos. Quiso gritar «¡Basta!», pero de su garganta solo salió un gemido gutural.

Se llevó una de las manos al costado; al retirarla la vio llena de sangre, que se diluía en la tormenta. Herenio supo que se estaba muriendo. Las grises siluetas le habían rodeado por completo. Su respiración se hizo más lenta, sin la agitación anterior. Sin prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo, sujetó el asta con una mano y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, desenvainó la espada con la otra. Un gesto final de desafío.

Las sombras se acercaron. Herenio parpadeó, intentando aclarar su visión, pero fue en vano. Las nubes se apartaron y los rayos del sol se reflejaron con fulgor bronceo en el águila que aún sostenía enhiesta. La lluvia no cesaba y descomponía la luz en una miríada de colores. Por un momento, las sombras se detuvieron, como si dudaran. Fue solo un instante antes de que el cielo encapotado volviera a cerrarse y arreciara la lluvia.

Los troncos empapados de los árboles habían adquirido un tono marrón oscuro, casi negro. Las gotas, al caer sobre la superficie del pantano, levantaban diminutos géiseres. Chop-plip-chop-chop-plip-plip.

Herenio respiraba con jadeos breves. La sangre fluía de su costado al ritmo, cada vez más lento, de su corazón. Sus piernas no podían sostenerlo y cayó de nuevo, agarrado aún al asta del águila. A su alrededor, inmóviles, las sombras le observaban en silencio.

El mundo se oscureció a su alrededor, quedando en silencio. Herenio creyó hallarse de nuevo en Arretium. Su padre le había comprado una empanada en un puesto de comida al volver del anfiteatro, donde acababan de ver un combate de gladiadores. La empanada estaba tan caliente que el pequeño Publio apenas podía sostenerla en las manos. «¡Pater! ¡Es el mejor día de mi vida!», gritó entusiasmado.

El agua caía indiferente sobre el cadáver de Publio Herenio, llamado el Etrusco, último portaestandarte de la legión Decimonovena.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



Septiembre del año 9 d. C. En las lóbregas selvas de Germania, en las espesuras de Teutoburgo. Roma sufre uno de sus mayores desastres militares. Tres legiones comandadas por el legado Publio Quintilio Varo son aniquiladas por las furiosas hordas germanas acaudilladas por Arminio, hasta entonces un leal aliado. El deshonor de tres águilas perdidas y una derrota sin paliativos, que desesperó al emperador Augusto hasta el punto de llevarle a dar cabezazos a las paredes de su palacio: «¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!».

Pero lejos de Roma, en Aliso, un aislado fortín, un puñado de supervivientes del desastre y legionarios de la legión Quinta *Alaudae* y algunos auxiliares cántabros afrontan el embate de unos germanos que no se detendrán hasta masacrar al último romano de ese lado del Rin. ¿Qué hacer? ¿Resistir en espera de ayuda? ¿Tratar de atravesar esos bosques sombríos llenos de enemigos ululantes y deseosos de hundir sus lanzas en el pecho de un invasor?

El bosque sombrío es un relato coral de valor y honor, de combate y redención, de camaradería y coraje, que nos zambulle de lleno en la mentalidad, la vida y la muerte de los hombres que lucharon por Roma, con una verosimilitud brutalmente honesta. Una historia bélica de acción trepidante sobre una particular *band of brothers* romana, que solo unida tendrá alguna oportunidad de escapar a la muerte: Caronte espera en el Rin.



NOVELA
HISTÓRICA